

Opus Dei en su contexto eclesial, social, religioso y político y puso sobre el tapete algunas soluciones metodológicas para superar las dificultades que presenta su estudio y comprensión.

Fernando CROVETTO

Instituto Histórico San Josemaría Escrivá (Roma)

Simposio internacional «Losing her religion? Gender and religious identity in Anglican and Catholic Women (England, Spain, 1960-2020)»

(Leeds, 28-29 septiembre 2021)

Las jornadas de investigación celebradas el 28 y 29 del pasado mes de septiembre fueron el corolario del proyecto posdoctoral del investigador Raúl Mínguez Blasco «Alone against Secularisation? Gender identity in Anglican and Catholic women (England-Spain, 1960-2015)» (H2020-MSCA-IF-2017) financiado por la Comisión Europea dentro del marco de las Acciones Marie Skłodowska Curie. En su realización ha colaborado con el profesor Gregorio Alonso en la Universidad de Leeds del Reino Unido.

Partiendo del estudio interdisciplinar y comparativo de los casos británico y español, las jornadas abordaron la construcción de la identidad individual de las mujeres anglicanas y católicas en el periodo de secularización acelerada y revolución cultural iniciado en la década de 1960, que ha significado la pérdida de poder y presencia social de las Iglesias anglicana y católica en ambos contextos. En el marco de la segunda ola de feminismo, entre otros temas, el acento recayó en la evolución de la moral y la teología cristiana en torno a la salud sexual, modelos de familia, y empoderamiento mediante la acción colectiva. A través de su estudio se pretendía dar respuesta a la pregunta: ¿cómo han negociado y hecho compatibles sus creencias religiosas y sus posturas feministas?

En su presentación del congreso, Raúl Mínguez puso énfasis en las similitudes y las diferencias entre las dos iglesias, acentuando el carácter más marcadamente jerárquico de la católica. A su vez, recordó el mayor protagonismo alcanzado en el mundo anglicano por las mujeres debido a su capacidad para ordenarse sacerdotes y de ocupar sillas episcopales.

En cuanto al periodo elegido, Mínguez repasó la compleja y cambiante relación del clero católico con las autoridades franquistas, y el peso del Concilio Vaticano II. También reflexionó sobre el impacto que tuvo en esa transformación reli-

giosa y eclesiástica la mayor complejidad del mundo religioso en el Reino Unido; sobre todo a la hora de explicar las altas cifras de no creyentes, que en 2018 llegaron al 52%. En el caso español, las cifras actuales siguen una tendencia parecida. Apuntó después que las perdedoras de esta reciente oleada de secularización han sido las iglesias oficiales y tradicionalmente mayoritarias. Pero también constató que el actual cambio religioso ha tenido un mayor efecto entre las mujeres, que hasta décadas recientes habían contado con mayores niveles de religiosidad.

Citando a Hugh McLeod y Callum Brown, Mínguez evaluó la tesis de la de-feminización de la religión, e hizo patente que sus posturas se acercan más a McLeod, para quien la tesis debe enunciarse de una forma más refinada. Para el organizador de las jornadas siguen siendo necesarios más estudios empíricos como el que desarrolla en su estudio comparativo entre España y el Reino Unido para conseguir validar o desechar la decreciente adhesión femenina a las creencias y las prácticas religiosas.

La profesora Abby Day también reflexionó sobre el peso de la secularización y del salto generacional en la apostasía que ha afectado a las mujeres anglicanas en las últimas décadas. En su intervención se centró en el caso de la confesión cristiana llamada Comunión Anglicana. En su feligresía las relaciones entre personas del mismo sexo y sus derechos han estado en el centro de la polémica desde hace décadas.

Las mujeres de la *Generación A* (un término acuñado por la profesora Day), aquellas nacidas en la década de 1920, asistieron a la transformación religiosa de la modernidad tardía en primera línea, protagonizando los cambios religiosos y culturales de la segunda posguerra mundial. Con todo, tuvieron un gran protagonismo e involucramiento en las labores pastorales y parroquiales de sus iglesias. Esas mujeres, remarcó Abby, no deseaban convertirse en sacerdotes, aunque lucharon para que introdujeran ciertas reformas en su iglesia y en las sociedades en las que vivieron. Por otra parte, las «tareas de la pertenencia» que desarrollaban cotidianamente, generaban reconocimiento, intimidad social e integración a través de rutinas constructivas.

Mediante el trabajo social y pastoral intervinieron activamente en las vidas de otras creyentes y de los residentes locales ajenos a la comunidad. Con estas tareas y su trabajo consiguieron integrar a sus comunidades y dar servicios como el mantenimiento y gestión cotidiana de los templos y salones parroquiales. Su compromiso y trabajo físico, social, caritativo, y parroquial logró mejorar la vida de los necesitados, los excluidos y los otros miembros de la comunidad. Un trabajo social informal impregnado de un sentido cristiano, pero con resultados directos en la vida de los miembros más vulnerables de la comunidad, y que, al

mismo tiempo, creó una comunidad alimentada por mecanismos de producción y reproducción de solidaridad horizontal, así como de redes de pertenencia tejidas en torno a una taza de té.

Esa causa, señaló Abby reiteradamente, fue el cristianismo y no solo el trabajo social. Por ello, los rituales religiosos y las comuniones ocuparon un lugar central en esas comunidades. En parte, en palabras de las mujeres protagonistas del estudio, porque la Iglesia no debe substituir a la sociedad. Desde un ángulo tradicional, que Abby denominó patriarcal, las participantes en su proyecto de investigación confiaban en la monarquía parlamentaria y en una Iglesia en la que solo los hombres pueden ser sacerdotes. Al mismo tiempo, sus donaciones siguen suponiendo tres cuartos de los fondos de los que se alimenta la Iglesia anglicana.

Sarah-Jane Page empezó su intervención señalando las diferencias de ambas Iglesias a la hora de tratar cuestiones relacionadas con el género. El primer dilema al que se enfrentan muchas mujeres sacerdotes en la Iglesia anglicana es el de la conflictiva relación entre su sacerdocio y la maternidad. En ambos casos se da la necesidad de dedicación absoluta, y se establece así una lucha de prioridades derivada del recto cumplimiento de las responsabilidades de servir a Dios, por una parte, y a sus familias, por otra. En muchos casos, estas mujeres se enfrentaron históricamente con la misoginia en sus comunidades y, como resultado, han sufrido una cierta marginación dentro de la Iglesia de Inglaterra. Por otro lado, la oposición a la ordenación de mujeres en el catolicismo y la perpetuación del celibato sacerdotal establecen el marco de las relaciones de género en la Iglesia católica. El sacerdocio exclusivamente masculino hace que muchas fieles católicas sientan su falta de acceso legítimo a papeles de liderazgo.

Partiendo de esas premisas la profesora Page centró su intervención en cuatro temas interrelacionados. En primer lugar, abordó la aceptación y marginación de las mujeres en el seno de ambas Iglesias. La doctora Page, feminista confesa, observa que la practica del sacerdocio para sacerdotes católicos y sacerdotes anglicanas presenta retos diferentes debido a su identidad sexual. El uso del término «padre» para referirse a los sacerdotes, por ejemplo, fue profundamente criticado por las sacerdotas anglicanas que no quieren ser apeladas como «madres». Por otra parte, el grupo conservador creado en 1992 *Forward In Faith* rechaza el acceso de las mujeres al sacerdocio. Partiendo de premisas similares, algunos sacerdotes masculinos abandonaron el anglicanismo para hacerse católicos, pues consideraban que la Iglesia de Roma ha sabido conservar íntegra la doctrina de los Apóstoles frente a los cambios introducidos en el anglicanismo. A continuación, pasó a abordar las cambiantes relaciones entre el clero y los feligreses dentro del catolicismo británico, centrándose en materias de moral sexual. Así,

al cuestionarles sobre asuntos como la contracepción y la reproducción asistida, algunos de sus entrevistados católicos mostraban un rechazo abierto a su uso. Y, por lo que compartieron con esta profesora de sociología, también lo hacen patente en el confesionario. Lo mismo sucede en estos sectores con el aborto y el derecho a la vida.

La tercera cuestión que abordó Page en su ponencia fueron la comunión y el cumplimiento sacramental entre las sacerdotas en las que basa su análisis. El hecho de que a través de los sacramentos lo ordinario se haga sagrado es lo que para algunas de las sacerdotas anglicanas entrevistadas da sentido a su labor eclesial. Sin citar a santa Teresa, Dios para ellas también está entre las ollas, las sartenes y la colada. En el desempeño de sus funciones ministeriales, al igual que los sacerdotes católicos, el clero femenino anglicano hace uso de su experiencia personal a la hora de ejercer el liderazgo pastoral y catequético que se les asigna.

El último tema abordado en esta sugerente ponencia fue el de la cotidianidad y la salud sexual. De este modo, Page reflexionó sobre la reproducción asistida en el caso de los creyentes católicos y la postura oficial que la rechaza, en nombre de la sacralidad de la concepción y de los embriones desechados. En el caso de los anglicanos, la merced y la compasión sirve de cimiento para condenar el pecado, pero no al pecador. Algunos de los sacerdotes católicos que entrevistó en la realización de su estudio participaron en concentraciones frente a clínicas abortistas, pero una proporción aún mayor condenaban el uso de prácticas intimidatorias. La ponente hizo una clara distinción entre las nociones de compasión, por un lado, y la de empatía, por otro. Así, los católicos parecen más inclinados a mostrar compasión, con un cierto grado de superioridad moral y condescendencia, ante algo que consideran condenable; mientras que las sacerdotas anglicanas y madres son más empáticas en asuntos relacionados con salud sexual. Ahora bien, lejos de juzgar actitudes o conductas individuales, Page puso el énfasis en los marcos normativos y éticos propios de cada una de las instituciones en las que se desarrollan esas actitudes. Por tanto, los sacerdotes católicos parecen estar más limitados por el derecho y la teología canónicas, y las segundas, por su parte, muestran mayor apertura al diálogo y adaptabilidad.

En la segunda jornada, la experta profesora Mónica Moreno (Universidad de Alicante) reflexionó sobre la militancia femenina de mujeres católicas en España durante la crisis religiosa que sacudió al mundo occidental en la década de 1960. Partiendo de un enfoque amplio, Moreno analizó el impacto del Concilio Vaticano II puesto en relación con otras dinámicas de transformación operantes en el país como el turismo o el crecimiento de la oposición obrera, vecinal y estudiantil a la dictadura, entre otros factores.

La negativa conciliar a aceptar cualquier método contraceptivo y la posición subalterna que se siguió reservando a las mujeres dentro de la Iglesia católica decepcionó a muchas católicas. El foco de su estudio recayó sobre las mujeres pertenecientes a Acción Católica, integrantes de los grupos de Mujeres de Acción Católica, Hermandades Obreras de Acción Católica y las Juventudes Obreras de Acción Católica. Todas estas secciones sufrieron transformaciones debido a tres factores. En primer lugar, a la evolución de la dirección dogmática, tanto conciliar como pontificia, de las jerarquías eclesiales. En segundo lugar, por el contacto internacional y la movilidad creciente entre movimientos católicos. Por último, estos grupos de mujeres católicas se vieron afectadas por los cambios en la acción pastoral y social de la nueva generación de los fieles, con una mayor orientación a la crítica sociopolítica.

Para ilustrar las dinámicas de adaptación e intervención de esas creyentes, se centró en las iniciativas de la Unión Mundial de Organizaciones Femeninas, que contó con la activa participación de Pilar Bellosillo, tanto nacional como internacionalmente. Bajo su liderazgo la sección femenina de Acción Católica (AC) incrementó su vocación y activismo social, y superaron su religiosidad externa para abrazar un cristianismo comprometido con los más débiles y con la igualdad que solicitaban compañeras que se consideraban feministas católicas. Después del conflicto abierto con algunos responsables masculinos del clero y de los movimientos apostólicos, estas militantes redefinirían su lugar dentro de la Iglesia, y criticaron la discriminación sexual que padecían las fieles y militantes de AC. Sobre todo, porque cada vez había más miembros femeninos que masculinos dentro de AC, en una espiral de crecimiento desigual entre sexos que ya se constataba en la década de 1950. Moreno también abordó el caso de la Fraternidad Femenina de Trabajadoras de AC, fundada en 1946. Las mujeres que pertenecieron a la Fraternidad fueron activamente animadas a adquirir conciencia obrera y valores democráticos. Como muestra de su compromiso, a partir de la década de 1960 también se sumarían a la protesta social. La conciencia y militancia obrerista, fuertemente masculinizadas, no siempre recibió bien la integración en pie de igualdad en sus movimientos de estas mujeres obreras católicas. Pese a ello, su determinación no se vio afectada y defendieron mejores salarios, los derechos humanos y la superación de la cultura burguesa, y fueron rechazadas por algunos obispos, además de los patronos y las autoridades franquistas.

El tercer grupo analizado fue Juventud Obrera Católica Femenina (JOCF), que en 1957 celebró su primer congreso nacional. Sus militantes se enfrentaron a una triple exclusión, en razón de clase, edad y sexo. Pese a esas barreras supieron sobrevivir con dificultad a la crisis de Acción Católica de la década posterior. A

la larga, no obstante, la negativa a aceptar sus peticiones de igualdad dentro de la Iglesia, las tensiones internas propias de cualquier movimiento social organizado, y la secularización acelerada de la sociedad española llevaron a la mayor parte de sus militantes a abandonar las JOCF.

En la década de 1970 muchas mujeres se alejaron de las enseñanzas de la jerarquía eclesial. Sin embargo, difundieron y se adhirieron a los mensajes liberadores del cristianismo con un firme compromiso con la justicia social y la libertad. Ese compromiso, conviene recordarlo, llegó por la senda de su militancia religiosa y su papel en las Comunidades Cristianas de Base se hizo predominante. Algunas de ellas, a través de su activismo en las Comisiones Obreras, acabarían integrándose en el Partido Comunista de España. Paradójicamente, allí compartieron destino con un buen número de los diez mil sacerdotes que colgaron los hábitos en España entre 1965 y 1975.

En su intervención, Carmen M. Mangion expuso los principales resultados de su reciente investigación sobre los cambios experimentados por las órdenes y congregaciones femeninas católicas en Inglaterra a raíz del Concilio Vaticano II. Empezó afirmando que la importancia de los años sesenta residió en la coincidencia en un corto periodo de tiempo de movimientos, tendencias y actividades innovadoras que, no obstante, ya se venían anunciando desde los años cincuenta. Defendió el hecho de que la Iglesia católica estuvo detrás de muchas de esas tendencias renovadoras y, en concreto, destacó el papel desempeñado por las órdenes y congregaciones femeninas. De hecho, las monjas y hermanas que las conformaron no solo estuvieron influidas sino que también participaron activamente en los nuevos movimientos sociales surgidos en los sesenta gracias, en parte, al carácter transnacional de sus organizaciones religiosas.

Mangion se refirió en su intervención a varios aspectos, todos ellos de gran interés: las distintas formas en las que el gobierno y la vida religiosa se reconfiguraron en el contexto de los movimientos de protesta globales del año 68, la transformación de las relaciones entre religiosas en el interior de monasterios y conventos, la adaptación de las monjas al mundo moderno, la manera en que los ministerios religiosos fueron reevaluados a la luz de un discurso de justicia social solidario con la población más desfavorecida y, finalmente, la relación de las religiosas con la feminidad y el feminismo. Particularmente interesante resultó el testimonio de una de sus mujeres entrevistadas en el que se utilizó el adjetivo «contracultural» para definir su identidad religiosa en un mundo cada vez más secularizado.

En la intervención que cerró las jornadas, la investigadora Verónica García Martín (Universidad de Castilla-La Mancha) aportó datos nuevos sobre las religiosas de clausura. En primer lugar, afirmó que no hubo una crisis de vocaciones

religiosas femeninas en España vinculadas al Concilio, ya que el número de religiosas de vida contemplativa en España, a la altura de 1968, era el doble del de Francia y más de 30% mayor que en la propia Italia. No obstante, las tensiones provocadas por la renovación aprobada por el Concilio hicieron más visibles el conflicto entre los renovadores y los integristas entre los teólogos españoles. El entusiasmo reformista no era compartido por todos. El alcance y las consecuencias de los cambios se sintieron de forma diferente en los tres diferentes niveles en los que se integraban las religiosas españolas:

Dentro de la CONFER (Confederación Española de Religiosos), Gerardo Escudero Valera demostró su compromiso en 1965 con las novedades del Concilio y convocó una asamblea general extraordinaria para adoptar y adaptar las directivas oficiales de la Iglesia.

Por su parte, las congregaciones, las órdenes y los institutos seculares reaccionaron de formas variadas y contrastantes a la introducción de las novedades. Hubo disputas intergeneracionales y también disparidades geográficas. La presencia y presión de las organizaciones apostólicas de base también tuvo un papel importante en el ritmo de ejecución y la extensión de las reformas.

A nivel individual, algunas religiosas se mostraron leales a la jerarquía, pero también mostraron esperanza en el remozamiento del marco institucional y de las directrices pastorales. Otras muchas abandonaron los conventos y la Iglesia, como hizo un alto número de sacerdotes. Las secularizadas mantuvieron su compromiso social y su fe al dejar la vida consagrada a la que dedicaron una buena parte de su juventud.

En definitiva, estas jornadas de investigación constituyen una buena muestra de lo útil y necesario que supone adoptar un enfoque comparado y transnacional al análisis de fenómenos de carácter global, en este caso la secularización y la manera en que esta ha afectado a miles de mujeres cristianas (anglicanas y católicas) en un contexto de «desfeminización» de la religión. El formato *online* en el que se celebraron, sin duda uno de los efectos de una pandemia que afortunadamente estamos superando, permitió que se conectaran personas de diferentes partes del mundo, no solo de España y Reino Unido sino también de Estados Unidos y Australia. Lo cual supone, sin duda, un buen ejemplo de la necesidad de que la buena investigación se divulgue por estos nuevos canales que las nuevas tecnologías ponen a nuestra disposición.

Gregorio ALONSO
Universidad de Leeds

Raúl MÍNGUEZ BLASCO
Universidad de Leeds